

Capítulo 285 - Natural vs Demoníaco

El viento helado cortó el campo devastado como una navaja.

Vergil se detuvo a pocos pasos del hombre lobo arrodillado. Sus ojos brillaban con un juicio final, afilados como espadas ancestrales. Cada paso que daba hacía crujir el suelo, como si el mundo mismo temiera su presencia. El aire a su alrededor hervía con una electricidad infernal, chispeando entre piedras destrozadas y árboles muertos, como si el universo mismo estuviera a punto de desgarrarse de arriba abajo.

"Te voy a golpear hasta que tu vida deje de tener sentido."

Ese fue el momento en que todo cambió.

El suelo bajo los pies de Virgilio tembló, no como una advertencia, sino como si la tierra misma gritara.

Un segundo después, el puñetazo explotó contra su abdomen.

"iiiGHUUAAAGHH!!"

El sonido era grotesco. Seco. Carnal.

Vergil fue lanzado como una bala de cañón, atravesando el aire mientras la sangre brotaba de su boca, junto con entrañas, intestinos y trozos de órganos, escupidos como si su cuerpo hubiera renunciado a intentar mantener su alma dentro.



El impacto le había abierto un agujero en el estómago.

Su cuerpo giró violentamente en el aire, dejando tras de sí un rastro de sangre y vapor caliente antes de estrellarse contra una formación rocosa. La piedra se hizo añicos, colapsando bajo el brutal impacto.

Silencio.

Por un momento, todo se detuvo.

Luego se levantó.

El hombre lobo.

Una vez arrodillado, mutilado, al borde del colapso. Ahora de pie, sólido como una montaña salvaje e indómita.

Sus ojos brillaban con un violeta profundo y antiguo. Ya no había dolor. Ni rabia ciega. Solo poder. Y propósito.

Su voz salió ronca, profunda, cargada de algo primordial.

"Pensaste... que solo era una pequeña rata, ¿no?"

Los músculos se expandieron. Los huesos se reorganizaron con crujidos atronadores. El brazo, una vez cercenado, se reconstruyó ante los ojos del mundo, forjado con pura fuerza vital —raíces, fibras, madera viva y carne palpitante—, una regeneración que se sintió a la vez orgánica y sagrada.



No hubo decadencia. Solo renacimiento.

De su piel, un vapor caliente escapaba como el aliento de un bosque tras una tormenta. La hierba quemada bajo sus pies volvió a la vida. Flores silvestres brotaban de las grietas de la tierra. Ramas brotaban de su espalda, como espinas de una bestia arbórea.

Era la naturaleza en forma de furia.

"Mi nombre... es Alex Wykes. General de la Naturaleza Salvaje. Hijo de la Tormenta. Ejecutor de Spectre."

El cielo respondió como si reconociera el nombre.

Nubes negras surgieron de la nada, danzando en espirales vivientes. No era una oscuridad vacía, sino una tormenta viviente, latiendo con truenos como el latido del planeta.



El mundo a su alrededor se inclinó.

Los árboles lejanos se inclinaron. El viento cesó y luego rugió de nuevo con una fuerza titánica, como si los bosques mismos respiraran con Alex.

Su aura se expandió como el rugido de una bestia olvidada hacía mucho tiempo.

El aire se volvió denso y vibrante. Cada respiración parecía absorber hojas, polen y energía de la propia Tierra. Respirar dolía, no por el veneno, sino porque era demasiado natural para que los cuerpos corruptos lo soportaran.



"Sabes, chico..." dijo, moviendo los hombros mientras las enredaderas se desenredaban de los músculos de sus brazos, "...no es nada personal".

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. "Pero me darán una bonificación por matarte."

En ese instante, un rayo verde cortó el cielo, seguido de un trueno que sonó como tambores de guerra ancestrales.

Y luego Alex caminó.

A cada paso, las flores florecían. Las rocas crujían. El suelo mismo temblaba, no de miedo, sino de respeto.

Desde las profundidades del cráter humeante, donde el impacto había destrozado la piedra en pedazos y pulverizado la tierra hasta convertirla en polvo, un sonido comenzó a resonar, débil al principio, pero cada vez más fuerte.



"Je..." "Jejeje..." "¡AJAJAJAJAJA!"

La risa resonó como una herida abierta en la realidad, vibrando contra los acantilados, reverberando a través de montañas distantes como el llamado de algo loco, algo anormal.

Vergil tosió sangre, escupiendo un diente teñido de carmesí. Le temblaban los brazos mientras se arrodillaba entre los escombros causados por Alex, y al bajar la vista, contempló sus entrañas derramadas con una calma casi absurda.



Su estómago se convulsionó, latiendo descontroladamente: una masa de carne viva que luchaba por comprender por qué seguía allí, tendida como una salchicha desgarrada. Pero Vergil no mostró dolor. Simplemente volvió a reír.

Con las manos cubiertas de sangre y barro, empezó a introducirse sus propios órganos en el cuerpo con la facilidad con la que se guarda una baratija olvidada. Sin dudarlo. Ni un segundo.

Sus ojos temblaron.

No por miedo. No por rabia. Por pura excitación.

La regeneración se apoderó de todo. Los huesos se reconectaron con grietas secas. Los músculos se entrelazaron como cuerdas vivas. La piel se cerró en una danza grotesca e hipnótica. En cuestión de segundos, Vergil estaba de pie. Completo. Listo. Riendo como un lunático enamorado.



"Entonces..." murmuró, y una sonrisa demente se formó mientras un relámpago cruzaba el cielo tras su silueta. "Por fin, alguien interesante..."

El mundo se estremeció.

Alex dio un paso adelante, listo para responder, pero algo lo detuvo. Un escalofrío recorrió cada pelo de su cuerpo lupino. Era instinto. Puro, primario y brutal instinto de supervivencia.

Virgilio se había mudado.

Pero no había ningún sonido.



Sin transición.

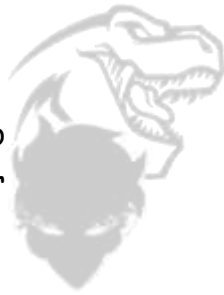
Un segundo estaba en el fondo del cráter... y al siguiente, estaba justo frente a Alex.

"¡JAJAJAJAJA!"

La risa era tan insoportablemente salvaje que las nubes de arriba —las que estaban llenas de truenos y relámpagos— se separaron en desesperación, empujadas hacia atrás por la absoluta locura que explotaba de Vergil como una furia celestial.

"¡VEN A POR MÍ, HIJO DE PUTA!"

Rugió, con los ojos bien abiertos, el rostro manchado de sangre, sonriendo con un placer que rayaba en lo sexual, ebrio por la violencia que estaba por venir.



Los ojos de Alex se abrieron de par en par.

"Este tipo... es un lunático."

Pero no había tiempo para nada más.

Un golpe.

Simple. Directo.

Pero con fuerza suficiente para destrozar el mundo.

Alex instintivamente cruzó los brazos para bloquear, y eso le salvó la vida.

Pero el costo fue alto.

AMBOS BRAZOS SE ROMPIERON AL INSTANTE.

El impacto lanzó a Alex como un cometa invertido, su cuerpo cortando el aire mientras los árboles a su alrededor salían volando como ramitas. Se estrelló contra el suelo a decenas de metros de distancia, abriendo un nuevo cráter, y la tierra explotó en todas direcciones como dinamita natural.

Silencio.

Hasta que... las hojas comenzaron a girar alrededor de Alex.

Los vientos bailaron.

Las raíces se levantaron.

La naturaleza misma respondió.

El cuerpo del General de la Naturaleza Salvaje comenzó a reconstruirse con la misma ferocidad que lo había destruido. Los huesos agrietados sanaron como ramas que crecen bajo el impulso de la primavera. La piel se retorció con el brillo dorado de la savia ancestral. Se quedó de pie, jadeando, pero sonriendo.

"Estás... absolutamente loco."





La voz de Alex ahora tenía más peso, como si cada palabra llevara el peso de mil bosques antiguos.

Vergil simplemente hizo crujir su cuello, girando sus hombros como si todavía estuviera calentando.

"No tienes idea..."

"¿Crees que estoy loco porque sonrío a pesar del dolor?"

Levantó su mano ensangrentada y la miró como un escultor admira su obra maestra.

"Soy el caos mismo, tratando de comprender qué significa el orden".

"¿Tienes naturaleza, Wykes?"

"Soy lo que rompe la naturaleza sólo para ver cómo se recompone".

Y luego dio un paso adelante.

El suelo se agrietó.

Otro paso.

El aire gritaba.





Alex se preparó, sintiendo que el mundo viviente a su alrededor intentaba seguirle el ritmo. Los pájaros habían huido. Los animales estaban en éxtasis o en pánico. El bosque observaba. La tormenta aguardaba.

"Bailemos, árbol caminante". "¡Muéstrame si esa fuerza natural tuya puede competir con mi infierno personal!"

Un rayo explotó en el cielo.

No cayó. Se levantó.

Tal fue el cambio de orden que estos dos provocaron con su mera presencia. Y antes de que el eco se desvaneciera... chocaron.

Vergil golpeó primero: un borrón, un rugido, un delirio en movimiento. Sus pies apenas tocaban el suelo; la presión de sus pasos dejaba cráteres superficiales, la tierra clamaba bajo su impulso. Cada puñetazo que lanzaba contra Alex tenía la fuerza de un misil, y cada impacto arrasaba bosques enteros al instante.



Alex retrocedió. Pero no por desesperación. Se dejó llevar.

Cada golpe bloqueado, cada esquivada, era seguido por un ballet brutal de su energía natural. Cuando el puño de Vergil atravesó el aire, Alex contraatacó con una patada adornada con espinas que brotaban a lo largo de su pierna como las raíces de un árbol carnívoro.

¡CLANG! El sonido de su choque fue como un trueno golpeando contra ollas de hierro. ¡CRACK! La mandíbula de Vergil fue dislocada por un puñetazo que vino envuelto en un torbellino de pétalos afilados como navajas.



Se rió, incluso con la boca colgando hacia un lado.

"¡AHORA ESTAMOS HABLANDO, HIJO DE PUTA!"

Vergil giró y le propinó a Alex un codazo en la barbilla con tanta fuerza que el aire a su alrededor explotó como un vacío roto. El cuerpo del hombre lobo salió volando, estrellándose contra el tronco de un árbol antiguo que se hizo añicos como una ramita.

Pero sus raíces atraparon a Alex en el aire, sujetándolo y arrojándolo de nuevo a la pelea.

"¡TODAVÍA NO HE TERMINADO!" rugió Alex, sus ojos brillando de un violeta salvaje.

Aterrizó como un cometa, con un puño cubierto de musgo endurecido y espinas cristalinas, dirigiéndose directamente hacia Vergil. El puñetazo impactó contra el suelo: una explosión de flores y piedras estalló furiosa, creando un campo de púas que intentaban atrapar a Vergil por todos lados.



Virgilio sonrió. "¡POESÍA!"

Con un estallido de energía carmesí, giró sobre sí mismo, desatando una espiral de cortes e impactos. Cada movimiento era una brutalidad danzante, destrozando las púas en fragmentos, quemando las raíces con el calor puro de su presencia demencial.

"Eres un bosque, ¿eh?", dijo Vergil, abriéndose paso como una bestia entre los árboles. "Entonces seré el fuego que lo convierta todo en cenizas".



Alex pisoteó el suelo; dos pilares de piedra y enredadera estallaron, intentando aplastar a Vergil en un abrazo titánico. Pero el lunático se lanzó de cabeza entre ellos, con los brazos abiertos, riendo como si estuviera en una montaña rusa.

"¡¡JAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!!"

Un puñetazo. En el pecho. Desde arriba.

El impacto fue tan poderoso que el bosque circundante simplemente quedó en silencio.

Alex cayó de rodillas, tosiendo sangre verde, y su piel se regeneró en tiempo real con una intensidad que rozaba lo divino. Pero Vergil no se detuvo.

Él saltó y giró en el aire.

Una lluvia de patadas descendentes, cada una más brutal que la anterior, como martillazos de un dios borracho. Alex cruzó los brazos, empujó hacia atrás, aplastó, hundió el cuerpo en la tierra durante decenas de metros.

El bosque rugió de desesperación.

Entonces todo se detuvo.

Humo. Polvo. Silencio.

Vergil aterrizó en el suelo, con la respiración entrecortada y los músculos crispados por la adrenalina. Tenía los ojos muy abiertos. Ensangrentados. Resplandeciente de euforia.



"¡Esto... esto es lo que yo llamo VIDA!"

Desde el profundo cráter donde había sido estrellado, Alex se levantó lentamente.

Su piel estaba desgarrada. Su rostro sangraba. Pero la naturaleza que lo rodeaba... lo lloraba. Y cuando dio el primer paso, el bosque respondió.

Las enredaderas danzaban en el aire. Los pájaros regresaban como guerreros fantasmales. Ciervos plateados emergieron a su alrededor. Un águila gigante posada sobre una roca, observando en silencio.

"Soy parte de algo mucho más grande, Vergil...", dijo Alex con reverencia, mientras las raíces se entrelazaban en sus brazos, formando nuevas hojas vivientes. "Tú luchas por placer. Yo... por un propósito."



"Te equivocas", sonrió Vergil. "Lucho porque es lo único que sé hacer".

Se miraron fijamente el uno al otro.

Naturaleza viva contra la locura destructiva.

Y luego-

Explotaron uno en el otro.